

La confidente de Proust

Céleste Albaret entró a trabajar en casa del escritor en 1913, año de publicación del primer volumen de 'En busca del tiempo perdido'. Le conoció mejor que nadie y contó sus vivencias en 'Monsieur Proust', el retrato más auténtico del autor

En un texto de Marcel Proust titulado *Contra Sainte-Beuve*, escrito a finales del siglo XIX y descubierto entre sus papeles en 1950, el célebre escritor francés descalificaba a los críticos empeñados en analizar las obras literarias de acuerdo a las vidas de los autores y sus circunstancias. Escritor era, precisamente, quien sabía superarlas o convertirlas en arte hasta hacerlas irreconocibles, o también quien podía olvidarse de su existencia cuando se ponía a escribir para crear algo que en nada tuviese que ver con ella.

Proust ha tenido una legión de seguidores que le han apoyado en esta causa. Las corrientes estructuralistas desde los años sesenta tacharon de psicologismo vulgar ir por ahí buscando paralelismos entre personajes, argumentos y autores. Sin embargo, paradójicamente, la gran novela de Proust, *En busca del tiempo perdido*, tiene un carácter tan autobiográfico que no hay que darle muchas vueltas a este asunto porque en ella está su infancia, las observaciones sobre la vida de la alta burguesía de la que formaba parte, su especial manera de cotillear y los recuerdos de un mundo cerrado y en trance de desaparición por la guerra mundial de 1914.

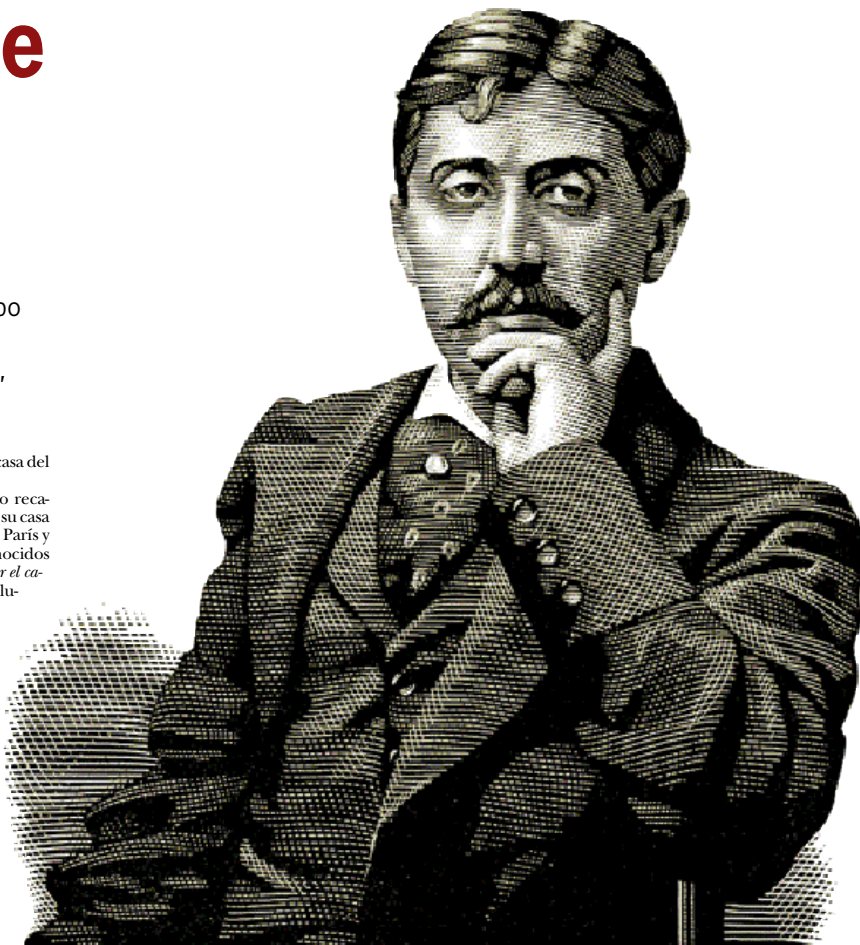
Por si esta evidencia fuera insuficiente, si alguien quiere de verdad entender al escritor, la lectura de las memorias de su ayudante doméstica, Céleste Albaret, le desvelarán mucho más que gran parte de los gruesos tomos de análisis académico. Se ocupó desde 1913, año de publicación del primer tomo de *En busca*, de la que ahora se conmemora su primer siglo, hasta su muerte en 1922. Fue su mensajera, confidente, empleada y enfermera, así como la primera persona a la que Proust leía sus escritos. El autor anotaba sus comentarios y sus fra-

pués de su boda entró en la casa del escritor para servirle.

Primero la contrató como recaudista, para que saliera desde su casa en el bulevar Hausmann de París y entregase a sus amigos y conocidos ejemplares dedicados de *Por el camino de Swann*, el primer volumen de *En busca* que editó Grasset con el dinero del autor, tras el rechazo de André Gide en Gallimard. Después le cuidaba durante todo el día, organizado de una manera peculiar. Proust se levantaba a las cuatro de la tarde, aspiraba unos vahos para tener su asma a raya, tomaba café, a las tardes a veces salía para cumplir con algunos compromisos sociales, a la vuelta se lo contaba todo a Céleste, escuchaba sus comentarios y se ponía a escribir durante toda la noche.

Como en casa de Proust no se cocinaba, su empleada se encargaba de telefonar a los grandes restaurantes cuando le hacía falta comida, lo que ocurría de vez en cuando, pues se conformaba con un poco de pechuga de pollo o con un filete de pescado, regado con unos pequeños sorbos de champán o de vino de Burdeos. A lo único a lo que realmente hacía honores era al primer café con leche después de levantarse.

En 1914, Proust vio de cerca la muerte y decidió prescindir de viajes y de vida social para concentrarse en su escritura. Es en ese momento cuando la figura de Céleste pasa a primer plano. Encerrado en su habitación, escribiendo con frecuencia en su cama, el escritor exigía silencio para escuchar las voces del pasado que él quería recoger en su literatura. Las ventanas y contra-



Proust visto por Mark Summers



Céleste Albaret fue su mensajera, confidente, empleada y enfermera



En busca del tiempo perdido I. La casa de Proust

Proust



Los amigos de Proust pensaban que era muy afortunado al tener a Céleste Albaret a su lado

ses, y algunas de éstas pasaron a formar parte de la obra.

Muy popular en Francia, Albaret y sus memorias llegan ahora a nuestro país con el título de *Monsieur Proust* (Capitán Swing), escritas en los setenta para acallar la proliferación de episodios sobre el autor que ella tenía por falsos. Nadie pasó tanto tiempo junto al escritor como esta joven nacida en un pueblo de montaña que se casó con el chófer de Proust y que poco tiempo des-

ventanas nunca se abrían mientras él estaba en el cuarto, la única luz debía ser eléctrica y se hizo forrar la habitación de corcho para que no le entrara ningún sonido de los vecinos. Mientras trabajaba, estaba prohibido entrar en ella, ni aunque hubiera un incendio. Las visitas estaban descartadas, salvo las de algunos amigos muy contados. Entre ellos, su querido Reynaldo Hahn.

A Céleste, a la que siempre trataba de *madame*, le expresaba sus pen-

samientos más personales. Mucha gente no puede perdonar que haya personas menos miserables que ellos mismos. La clave para triunfar en la sociedad consiste en conseguir que te admitan como uno de los suyos; cuando lo logras, todo está hecho. Éstas eran las enseñanzas que Proust transmitía a la chica de origen campesino a la que le importaba bien poco subir en la escala social. Sin embargo, ella veía el mundo proustiano como "el teatro

más bello del mundo".

En ese teatro estaban sus guantes y pañuelos, sus limpiezas obsesivas de dientes, que contrastaban con que el hecho de que nunca se bañaba con jabón, sus ocasionales sorbos de cerveza y su gusto por los relojes baratos. En las relaciones entre ambos había tirantezas, derivadas del carácter quisquilloso del autor. "Uno tenía que perdonarle -escribe Céleste-. Si era desconfiado, se debía a su perfeccionismo y a la

preocupación por su salud: estaba siempre bajo la amenaza de un ataque de asma. Y, si era tiránico, se debía a la urgencia de tiempo y de su obra".

Los amigos de Proust pensaban que era muy afortunado al tener a esa mujer a su lado, "dulce y agradable", según ellos. "En realidad, no conozco cascada ni torrente que estalle más aprisa", les contestaba el escritor. Céleste le describe como una persona a la quien no le impor-



Con Robert de Flers y Lucien Daudet, ca. 1894



Su literatura se construye sobre un hilo de observaciones sin un argumento claro

taba nada más que su obra. En las otras personas no buscaba la amistad sino los trazos y detalles de su personalidad que podían servirle para sus novelas. Si volvía de buen humor de sus salidas, era porque había encontrado algo susceptible de ingresar en ellas. En caso contrario, le parecía que la salida no había merecido la pena.

A lo largo de las aproximadamente tres mil páginas de *En busca*, Proust despliega toda su capacidad de observador y su virtud literaria de transformar el mundo que se desplegaba a sus ojos en experiencias de sus personajes. Algunos excégetas de su obra, que han caído en el pecado de buscar en sus obras los rastros de su vida, explican esta faceta por su condición de judío y homosexual: un *outsider* que, si bien pertenecía a la alta sociedad, no podía ser por completo uno de los suyos.

Su literatura se construye sobre un hilo de observaciones sin un argumento claro. El protagonista, Marcel, se enamora y desilusiona, muere una madalena mojada en té y empieza a recordar su infancia en Combray. El autor sigue las vidas de la familia Guermantes, la del dileitante Swann y la del propio Marcel. Este es el protagonista de la obra si bien no hay que olvidar a Odette, la cínica *cocotte* que se casa con Swann, y al barón de Charlus, crítico de arte, poeta, ensayista, homosexual, basado en la figura del conde Robert de Montesquiou-Ferrensac. Según Céleste, el personaje preferido de Proust fue Charlus. "Es el núcleo de mi trabajo", le dijo mientras hablaban de Montes-



La habitación de Proust



En su lecho de muerte. Foto Man Ray

quiou.

La mujer caracteriza al escritor como a una persona de una tenacidad extraordinaria. Murió en la cama a causa de una bronquitis a la que no prestó atención. Había combatido la sed de la fiebre con pequeños sorbos de cerveza fría, una fiebre que no le había impedi-

do pasar toda la noche trabajando, corrigiendo pruebas. No sólo la vida y la obra de Proust se enlazaron a través de numerosos vasos comunicantes. También la fama de morir podría haber pasado a formar parte de una de sus novelas.

Iñaki Esteban

En busca del objeto proustiano

La periodista italiana Lorenza Foschini fue a entrevistar a un modisto que había trabajado en varias películas de Luchino Visconti como director de vestuario. En uno de sus viajes a París para preparar un proyecto de película basado en *En busca del tiempo perdido*, que no llegó a realizarse, conoció a un sobrino de Proust, que a su vez le habló de un coleccionista obsesivo de los escritos de su tío y le propuso que se reuniera con él.

El modisto entró en su oficina, pintada de rosa y con las baldas de una librería repletas de jabones, perfumada con un intenso olor a lavanda. Jacques Guerin era el propietario de una fábrica de perfumería. Cuando era joven había tenido una apendicitis que le había hecho conocer al hermano de Proust, Robert, un famoso cirujano parisino. Cuando fue a pagarle, Guerin mencionó que le gustaba mucho la literatura de Marcel, y el doctor le señaló una librería llena de cuadernos de notas del autor.

Le dio uno de ellos, lo abrió y se encontró con palabras, frases borradas, anotaciones en los márgenes, cambios y otros garabatos que Guerin miró con absoluta fascinación. La letra de Proust era endiablada, debido a su costumbre de escribir en la cama. Pero el empresario vio en ella unos bellos jeroglíficos que le conectaban con un mundo fascinante que él quería poseer. Los familiares del escritor se sentían indiferentes ante esas posesiones, los muebles y otros objetos personales de Proust, rescatados con la ayuda de Céleste. A Guerin le parecían un tesoro y se empeñó en reconstruir el universo proustiano, incluido el abrigo de piel de nutria con el que solía vestirse.

Foschini cuenta las aventuras del magnate parisino en *El abrigo de Proust*, publicado por Impedimenta. Narra sus amistades con libreros de viejo, con anticuarios que alimentaban su obsesión, su insaciable apetito de coleccionista, su deseo de reconstruir el mundo abandonado del autor con el que tanto disfrutaba.

